



LA INTERPRETACIÓN
DE LA NATURALEZA
Y LA PSIQUE

Carl G. Jung

Paidós Psicología Profunda



“ **A** l escribir este trabajo cumplo, en cierta manera, una promesa que por espacio de largos años no tuve el valor de cumplir. Las dificultades inherentes al problema como tal, lo mismo que las de su presentación, me parecieron siempre demasiado grandes; y demasiado grande también la responsabilidad intelectual, sin la cual no es lícito abordar un asunto de esa índole; insuficiente, finalmente, mi preparación científica. Si ahora, venciendo mis temores, me resolví, no obstante, a la tarea, ello se debe principalmente a que, por un lado, mis experiencias con el fenómeno de la sincronicidad han ido acumulándose de década en década, a la vez que, por el otro, mis investigaciones sobre la historia de los símbolos, en particular las consagradas al símbolo del pez, me acercaron cada vez más al problema...

Espero no se interprete como arrogancia el que en el transcurso de la exposición solicite a mis lectores una mente más abierta y una voluntad más pronta de lo común. En efecto, se impulsa al lector no sólo a aventurarse por regiones de la experiencia humana oscuras, dudosas y sembradas de prejuicios; se le imponen también las dificultades intelectuales implícitas en el estudio de un tema tan abstracto.

Como todo lector podrá advertir después de la lectura de algunas pocas páginas, de ninguna manera pretendo aportar una descripción y esclarecimiento exhaustivos de un conjunto de hechos tan complicados; sólo intento plantear el problema con el fin de aclarar, sino todos, por lo menos algunos de sus múltiples aspectos y relaciones. Tal vez pueda así abrirse un acceso a un campo todavía envuelto en la oscuridad, pero de suma importancia filosófica."

Del "Prefacio" de C. G. JUNG

Carl G. Jung

LA INTERPRETACIÓN
DE LA NATURALEZA
Y LA PSIQUE

*La sincronicidad como un principio
de conexión acausal*

PAIDÓS

Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *Naturerklärung und Psyche* (Studien aus dem
C. G. Jung-Institut, IV) Publicado
en alemán por Rascher Verlag, Zurich

Traducción de Haraldo Kahnemann
Supervisión de Enrique Butelman

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| <i>Prefacio</i> | 9 |
| Capítulo I. <i>Exposición</i> | 11 |
| Capítulo II. <i>Un experimento astrológico</i> | 54 |
| Capítulo III. <i>Los precursores de la idea de la sincronicidad</i> | 85 |
| Capítulo IV. <i>Conclusiones</i> | 107 |
| <i>Resumen</i> | 125 |

PREFACIO

AL escribir este trabajo cumplo, en cierta manera, una promesa que por espacio de largos años no tuve el valor de cumplir. Las dificultades inherentes al problema como tal, lo mismo que las de su presentación, me parecieron siempre demasiado grandes; y demasiado grande también la responsabilidad intelectual, sin la cual no es lícito abordar un asunto de esa índole; insuficiente, finalmente, mi preparación científica. Si ahora, venciendo mis temores, me resolví, no obstante, a la tarea, ello se debe principalmente a que, por un lado, mis experiencias con el fenómeno de la sincronidad han ido acumulándose de década en década, a la vez que, por el otro, mis investigaciones sobre la historia de los símbolos, en particular las consagradas al símbolo del pez, me acercaron cada vez más al problema. Por último, también influyó el hecho de que desde hace veinte años, en diversos lugares de mis escritos, he ido insinuando la existencia del fenómeno mencionado, sin procurar explicarlo. Quisiera, pues, poner fin, aunque provisionalmente, a un estado de cosas tan poco satisfactorio, tratando de exponer de modo coherente todo cuanto tengo que decir al respecto. Espero no se interprete como arrogancia el que en el transcurso de la exposición solicite a mis lectores una mente más abierta y una voluntad más pronta de lo común. En efecto, se impulsa al lector no sólo a aventurarse por regiones de la experiencia humana oscuras, dudosas y sembradas de prejuicios; se le imponen también las dificultades intelectuales implícitas en el estudio de un tema tan abstracto. Como todo lector podrá advertir después de la lectura de algunas pocas páginas, de ninguna

manera pretendo aportar una descripción y esclarecimiento exhaustivos de un conjunto de hechos tan complicado; sólo intento plantear el problema en forma de aclarar, si no todos, por lo menos algunos de sus múltiples aspectos y relaciones. Tal vez pueda así abrirse un acceso a un campo todavía envuelto en la oscuridad, pero de suma importancia filosófica. Como psiquiatra y psicoterapeuta tuve a menudo oportunidad de entrar en contacto con los fenómenos que aquí se examinan, pudiendo convencerme *de* su hondo significado para la experiencia interna de mis pacientes. En la mayoría de los casos se trata de cosas que no suelen mencionarse en voz alta por no parecer ridículo. Siempre constituye para mí motivo de nuevo asombro el que sean tantas las personas que han tenido experiencias de esa índole y del cuidado con que se oculta cuanto hay en ellas de inexplicable. Por eso mi interés en este problema tiene un fundamento humano al par que científico.

En la ejecución de mi trabajo conté con la asistencia y la colaboración activas de muchos amigos, a quienes menciono en el texto. Aquí deseo expresar mi especial agradecimiento a la Dra. Liliane Frey-Rohn, quien elaboró con gran cuidado el material astrológico.

C. G. JUNG

CAPÍTULO I EXPOSICIÓN

SABIDO es que diversas conclusiones de la física moderna, al conmover los fundamentos de la validez absoluta de las leyes naturales, convirtiéndola en relativa, operaron un cambio fundamental en nuestra imagen del mundo basada en las ciencias naturales. Las leyes naturales son verdades *estadísticas*, esto es, sólo son completamente válidas donde se trata de magnitudes macrofísicas, mientras que en el ámbito de las magnitudes ínfimas el pronóstico se vuelve incierto o imposible, por cuanto las magnitudes ínfimas no se conducen conforme a las leyes naturales conocidas.

El principio filosófico en el cual se basa nuestra concepción de la legalidad natural es el de *causalidad*. Pero si el nexo entre causa y efecto posee una validez únicamente estadística, o sea, una verdad relativa, entonces también el mismo principio de causalidad tiene, en último término, una aplicación sólo relativa para la explicación de los procesos naturales, y supone, en consecuencia, la existencia de uno o varios otros factores, necesarios para una explicación adecuada. Lo que viene a significar que el nexo vigente entre ciertos sucesos puede ser en determinadas circunstancias de índole no causal, o sea, que exige otro principio explicativo.

Desde luego, sería inútil buscar acontecimientos acausales en el mundo macrofísico, por la sencilla razón de que los hechos carentes de nexo causal y que requieren una explicación por otra vía, exceden nuestra imaginación. Pero ello en modo algu-

no quiere decir que no existan. Su existencia —al menos su posibilidad— se desprende lógicamente de la premisa de la verdad estadística.

El planteamiento propio de las ciencias naturales apunta a hechos regulares, y en la medida en que caen dentro de la órbita de la experimentación, susceptibles de ser reproducidos. Con eso se dejan de lado los sucesos únicos y raros. Añádase que el experimento impone a la naturaleza condiciones restrictivas, por cuanto pretende impulsarla a responder a las preguntas concebidas por el hombre. Cada respuesta de la naturaleza, por lo tanto, hállese ya influida por la índole de la pregunta planteada, no pudiendo ser el resultado final sino un producto híbrido. La llamada concepción científica del mundo basada en tales productos no puede, en consecuencia, ser otra cosa que una visión parcial que adolece de prejuicios psicológicos y en la cual se echan de menos aquellos aspectos que no por ser imposibles de registrar estadísticamente dejan de tener importancia. Parece, empero, que para registrar de alguna manera esos casos únicos o raros, no hay, por de pronto, otro recurso que las descripciones individuales igualmente "únicas". Así se llegaría tal vez a una caótica colección de curiosidades que evocaría el recuerdo de los antiguos gabinetes de las ciencias naturales, donde al lado de fósiles y monstruos anatómicos se hallaba también el cuerno del unicornio, la raíz de mandragora que semeja la figura de un hombrecito y una sirena desecada. Las ciencias naturales descriptivas, sobre todo y en primer término la biología, conocen muy bien tales "casos únicos", y para ellas basta, por ejemplo, *un solo* ejemplar de algún ser vivo, por inverosímil que éste sea de por sí, para demostrar su existencia. Concedamos, sí, que en tal caso multitud de observadores tienen oportunidad de convencerse, por sus propios sentidos, de la existencia de semejante criatura. Mas donde se trata de acontecimientos efímeros que no dejan otros rastros demostrables que los del recuerdo conservado en algunas cabezas, allí ya no es suficiente un único testigo, y ni siquiera varios de ellos bastan para dar credibilidad incondicional a un acontecimiento único. Sabemos demasiado bien cuan poca confianza merecen las

afirmaciones de testigos. En ese caso se impone imperiosamente la necesidad de indagar si el suceso, único al parecer, es realmente único en la experiencia, o si acaso se han producido acontecimientos iguales, o por lo menos similares, en otro lugar. El *consensus omnium* desempeña aquí un papel psicológicamente muy importante, pero empíricamente algo dudoso, ya que sólo en casos excepcionales demuestra ser valioso para establecer hechos. La ciencia empírica no dejará de tenerlo en cuenta, pero no debe reposar en él. Acontecimientos únicos, transitorios y cuya existencia no cabe negar, pero tampoco demostrar con medio alguno, nunca podrán ser objeto de la ciencia empírica. Sucesos raros, en cambio, pueden muy bien serlo, toda vez que haya un número considerable de observaciones individuales confiables. La *posibilidad* de tales hechos no interesa en modo alguno a ese propósito, puesto que el criterio de lo que es posible se deriva en cada caso de un supuesto de la razón condicionado temporalmente. No hay leyes naturales absolutas cuya autoridad podríase invocar a fin de apoyar en ellas los propios prejuicios. Lo único que en rigor puede pedirse es un número lo más elevado posible de observaciones individuales. Si ese número, considerado estadísticamente, se mantuviera dentro de los límites de la probabilidad del azar, se habrá demostrado estadísticamente que se trata de una casualidad, pero no por ello se habrá aportado una explicación. Trátase simplemente de una excepción a la regla. El número de síntomas de un complejo, por ejemplo, puede ser menor al número probable de trastornos que cabe esperar en el experimento de asociación, pero eso no justifica en modo alguno la suposición de que en tal caso no existe ningún complejo. Sin embargo, ello no impidió que en el pasado los trastornos reactivos se consideraran meras casualidades.

Aunque, en biología especialmente, nos movemos en una esfera donde las explicaciones causales a menudo parecen muy poco satisfactorias —y por cierto, casi imposibles—, no nos ocuparemos de los problemas de la biología, sino más bien de la cuestión de si hay algún campo general en el que los acontecimientos acausales no sólo son posibles sino también hechos reales.

Ahora bien, hay en nuestra experiencia un campo de inmensa amplitud, cuya extensión equilibra, por así decirlo, la del dominio de la causalidad: es el mundo del *azar*¹. En ése, los hechos casuales, los que ocurren por azar, parecen no tener conexión causal con hecho coincidente alguno. Debemos, por lo tanto, examinar en primer término la naturaleza y la concepción del azar. El azar, suele decirse, obviamente ha de ser susceptible de explicación causal y sólo se lo denomina "azar" o "coincidencia" porque su causalidad no se ha descubierto hasta ahora. Puesto que por la fuerza del hábito se mantiene firme la convicción de la validez absoluta de la ley de causalidad, tal explicación del azar se juzga suficiente. Pero si la validez del principio de causalidad es sólo relativa, impónese la conclusión de que, si bien la gran mayoría de los hechos casuales podría admitir una explicación causal, subsisten multitud de ellos que no manifiestan conexión causal alguna. Nos hallamos, pues, frente a la tarea de pasar revista a los hechos casuales para distinguir los acausales de los que admiten una explicación causal. Desde luego, cabe suponer que el número de hechos explicables por vía causal superará con mucho al de acontecimientos sospechosos de acausalidad, lo que da lugar a que un observador superficial o prejuiciado pase con facilidad por alto fenómenos acausales relativamente raros. Tan pronto llegamos a tratar con el azar, se nos impone la necesidad de registrar numéricamente los acontecimientos en cuestión.

La investigación del material empírico no puede realizarse sin un criterio de diferenciación. ¿Cómo discernir las conexiones acausales dentro de los acontecimientos puesto que no es posible investigar la causalidad de todos los hechos casuales? Cabe responder que podrá suponerse la existencia de sucesos acausales sobre todo allí donde, a la reflexión detenida, una conexión causal parece ser inconcebible. Citaré como ejemplo el fenómeno de la "duplicidad de los casos", bien conocido por los médicos. Ocasionalmente trátase incluso de una triplicidad o aun más, de suerte

¹ La palabra "a-caso", lo mismo que "o-currencia", es sumamente significativa: es lo que se mueve en dirección a alguno como atraído por éste.

que Kammerer pudo hablar de una "ley de la serie", de la cual proporciona gran número de ejemplos excelentes². En la mayor parte de tales casos no existe ni la más remota probabilidad de una conexión causal entre los sucesos coincidentes. Por ejemplo, cuando compruebo que mi boleto de tranvía lleva el mismo número que la entrada para el teatro que compro inmediatamente después, y luego recibo todavía en la misma noche una llamada telefónica durante la cual se me da idéntico número como perteneciente al teléfono de la persona que me llamó, se me hace sobremanera inverosímil suponer una conexión causal, y ni con los vuelos más atrevidos de mi fantasía sería capaz de imaginarme semejante conexión, si bien es evidente que cada acontecimiento debe tener su propia causalidad. Por otra parte, sé que los hechos casuales tienen una tendencia a la *formación de grupos aperiódicos*, y necesariamente debe ser así, ya que de otra manera sólo se daría un ordenamiento periódico, es decir, regular de los acontecimientos, que precisamente excluiría el azar.

Kammerer sostiene que la acumulación³ o las series de sucesos casuales no están sujetas a la operación de una causa común⁴, esto es, son acausales; pero que, sin embargo, son una expresión de la inercia —la propiedad general de persistencia⁵. La simultaneidad de la "acumulación de hechos iguales uno junto al otro", la explica por la "imitación"⁶. Pero de ese modo se contradice, puesto que la acumulación del azar no está situada en manera alguna "fuera del ámbito de lo explicable"⁷, sino dentro del mismo, como era de esperar, y, en consecuencia,

² Paul Kammerer, *Das Gesetz der Serie*, Stuttgart y Berlin, 1919.

³ *Op. cit.*, pág. 130.

⁴ *Op. c.* págs. 36, 93 y sigtes., 102 y sigtes.

⁵ "La ley de la serie es una expresión de la ley de la inercia que actúa sobre los objetos que intervienen en sus repeticiones (es decir, produciendo la serie). Por la inercia desproporcionadamente mayor que le es propia al complejo de objetos y fuerzas, a diferencia de la del objeto y la fuerza individuales, se explica la persistencia de una constelación idéntica y de la formación de repeticiones que la acompañan a través de muy prolongados espacios de tiempo", etc.

⁶ *Op. cit.*, pág. 130.

⁷ *Op. cit.*, pág. 94.

es reductible, si no a una causa común, por lo menos a varias causas. Sus conceptos de *serialidad*, *imitación*, *atracción* e *inercia* pertenecen a una imagen causalista del mundo y no expresan sino que la acumulación del azar corresponde a la probabilidad estadística y matemática⁸. El material de hechos aportado por Kammerer sólo contiene acumulaciones del azar cuya única "legalidad" es la probabilidad, o sea, que no se ve razón alguna para buscar otra cosa detrás de esos hechos. Pero él, por algún motivo oculto, busca algo más de lo que la mera probabilidad garantiza, a saber, una *ley de serialidad*, que pretende introducir como principio junto a la causalidad y la finalidad. Pero, como he dicho, tal tendencia no es probada en manera alguna por el material de Kammerer. No puedo explicarme tan manifiesta contradicción sino suponiendo que el autor poseía una intuición nebulosa pero fascinante de un ordenamiento y una conexión acausales de los acontecimientos, probablemente debido a que, como todos los espíritus reflexivos y sensibles, no pudo sustraerse a la impresión peculiar que suelen producir las acumulaciones del azar. Luego, de acuerdo con su actitud científica, realizó el audaz intento de postular una serialidad acausal sobre la base de un material experimental que se mantiene dentro de los límites de la probabilidad. Lamentablemente Kammerer no intentó evaluar cuantitativamente la serialidad. Semejante empresa le hubiera enfrentado con interrogantes difíciles de contestar. El método casuístico podrá prestar buenos servicios a la orientación general, pero sólo la evaluación cuantitativa, es decir, el método estadístico, promete resultados exitosos con respecto al azar.

Los agrupamientos o series del azar parecen, al menos para nuestra actual capacidad de comprensión, carecer de sentido y además hallarse todos y cada uno dentro de los límites de la probabilidad. Eso no quita que se presenten casos cuya "azarosidad" o casualidad podría dar lugar a dudas. Para citar un ejemplo entre

⁸ El término "probabilidad", por lo tanto, se refiere a la probabilidad en una hipótesis de azar (hipótesis de Null). Es ése el sentido con que el término se emplea en este trabajo.

muchos, tengo registrado el siguiente caso con fecha 1° de abril de 1949: "Hoy viernes. En el almuerzo nos sirven *pescado*. En la conversación alguien recuerda incidentalmente la costumbre del "pez de abril". Durante la mañana había yo anotado una inscripción: '*Est homo Mus medius piscis ab imo*'. Por la tarde, una ex paciente mía a quien no había visto desde meses atrás, vino a mostrarme algunos cuadros de peces, singularmente impresionantes, que había pintado durante ese lapso. Por la noche se me mostró un bordado que representaba monstruos marinos pisciformes. El dos de abril, a las primeras horas de la mañana, otra ex paciente a quien no había visto desde hacía muchos años, me relató un sueño en el cual, estando a orillas de un lago, vio a un pez grande que se acercaba nadando en dirección a ella, para amarrar, por así decir, a sus pies. Durante esos días estaba yo ocupado en una investigación sobre el símbolo del pez en la historia. Sólo una de las personas mencionadas estaba enterada de ello".

Es muy natural sospechar que en ese caso podría tratarse de una *coincidencia significativa*, es decir, de una conexión acausal. Debo confesar que esa acumulación de hechos me impresionó, adquiriendo para mí un cierto carácter numinoso ⁹. En tales circunstancias se suele decir: "Esto no puede ser mera casualidad", sin saber lo que se significa con tales palabras. Kammerer, sin duda, me hubiera recordado aquí su "serialidad". La intensidad de la impresión, empero, nada prueba en contra de la coincidencia fortuita de todos esos peces. Ciertamente, es por demás notable que el tema del "pez" se repita nada menos que seis veces en veinticuatro horas. Pero hay que tener presente que "pescado" el día viernes es cosa ordinaria. También es fácil que el primero de abril se recuerde el "pez de abril". Hacía entonces varios meses que yo

⁹ La numinosidad de una serie de casualidades aumenta en proporción al número de sus miembros. Ello significa que contenidos inconscientes (tal vez arquetípicos) se han constelizado, produciendo luego la impresión de que la serie hubiese sido "causada" por tales contenidos. Pero dado que no podemos concebir, sin recurrir a categorías positivamente mágicas, de qué manera tal cosa puede ocurrir, por lo común solemos conformarnos con la mera impresión.

estaba ocupándome del símbolo del pez. Los peces se dan a menudo como contenidos inconscientes. En consecuencia, posiblemente no se justifique ver en todo eso más que un grupo de casualidades. Acumulaciones o series compuestas de hechos corrientes deberán por ahora considerarse como casuales^{9 bis}. Por lo tanto, por amplias que fueran, quedan eliminadas como conexiones acausales, ya que no se ve de qué modo se las podría demostrar como tales. Por tal razón generalmente suele suponerse que todas las coincidencias son aciertos del azar, y que como tales no requieren una explicación no causal¹⁰. Ese supuesto puede e incluso debe considerarse verdadero mientras no se haya demostrado que la frecuencia del suceso excede los límites de la probabilidad. Pero si esto último pudiera demostrarse, al mismo tiempo se habría demostrado que existen auténticas conexiones acausales de acontecimientos para cuya explicación o concepción hay que postular un factor no conmensurable con la causalidad. Pues entonces debería suponerse que los acontecimientos en general se relacionan entre sí, por una parte, como series causales, pero, por otra parte y da-

9 bis Para completar lo dicho, deseo mencionar aquí que escribí esas líneas sentado a orillas de un lago. Terminada la frase, di algunos pasos sobre la ribera: allí yacía muerto un pez de unos treinta centímetros de largo, al parecer intacto. En la tarde del día anterior no había allí ningún pez. (Cabe presumir que lo habría pescado un ave de rapiña o un gato.) Este pez fue el séptimo de la serie.

¹⁰ Uno se ve en apuros para determinar cómo ha de interpretarse el fenómeno que Stekel denomina la "compulsión del nombre" (*Die Verpflichtung des Namens* "Zeitschrift f. Psychotherapie und medizinische Psychologie", Stuttgart, 1911, vol. III., pág. 110 y sigtes.). Se trata de una en parte grotesca coincidencia entre el apellido y las peculiaridades o la profesión de un hombre. Así, por ejemplo el señor Gross (grande) padece de megalomanía, el señor Kleiner (pequeño) tiene un complejo de inferioridad. Dos hermanas Altmann (hombre viejo) se casan ambas con hombres que les llevan veinte años de edad; el señor Feist (obeso) es ministro de alimentación; el señor Rosstäuscher (chalán tramposo) es abogado; el señor Kalberer (comadrón veterinario) es partero; el señor Freud (alegría) sostiene el principio del placer; el señor Adler (águila) sostiene la voluntad de poder; el señor Jung (joven) la idea de renacimiento, etc. ¿Trátase aquí de absurdos caprichos del azar o de un efecto sugestivo del nombre, como parece suponer Stekel, o de "coincidencias significativas"?

do el caso, también por una especie de *conexión transversal significativa*.

Llegado a este punto, cederé la palabra a Schopenhauer, que en su disertación "Sobre la aparente intencionalidad en el destino del individuo" (*Parerga und Paralipomena*, vol. I) formula por vez primera los conceptos que desarrollaré a continuación. Trata allí la cuestión de la "simultaneidad de lo casualmente *no-conexo*, que se llama azar" (edición de R. von Koeber, .1891, p. 40). Schopenhauer ilustra esa simultaneidad por medio de *círculos* paralelos que representan una conexión transversal entre los *meridianos* concebidos como cadenas causales (*l.c.* pág. 39).

Según esto, todos los acontecimientos de la vida de un hombre guardarían entre sí dos clases de conexión fundamentalmente distintas: la primera sería la conexión objetiva y causal del proceso natural; la segunda, una conexión subjetiva, existente sólo en relación con el individuo que la vivencia y tan subjetiva como los propios sueños de éste. . . El que ambas clases de conexión existan simultáneamente y que un mismo suceso, como eslabón de dos cadenas completamente distintas, encaje en las dos a la perfección, de modo que el destino de un individuo invariablemente se ajusta con el destino del otro, siendo cada cual el protagonista de su propio drama y al mismo tiempo personaje en el drama ajeno —eso es cosa que excede con mucho nuestra capacidad de comprensión y sólo puede concebirse como posible en virtud de la mis admirable armonía preestablecida." (*l.c.* pág. 45).

En esta concepción, "el sujeto del gran sueño de la vida. . . es sólo uno", la *voluntad* trascendental, la *prima causa* de la cual irradian todas las series causales como meridianos desde el polo, guardando entre sí una significativa *relación de simultaneidad* en virtud de los círculos paralelos ¹¹. Schopenhauer creía en el determinismo absoluto del proceso natural y también en una causa primera. Nada hay que confirme ninguno de los dos supuestos. La causa primera no es sino un mitologema filosófico que sólo merece fe donde aparece en la forma de la antigua paradoja 'Εν τὸ πᾶν, a saber, como unidad y multiplicidad al mismo tiempo. En cuanto al supuesto de que los puntos de simultaneidad en

¹¹ De ahí mi término de "sincronicidad".

las series causales, o meridianos, representan coincidencias significativas, éste sólo podría valer si la causa primera fuera realmente una unidad. Mas si ésta fuera una multiplicidad, lo que no es menos probable, la explicación entera de Schopenhauer se derumbaría, sin contar con el hecho, sólo en los últimos tiempos reconocido, de que la ley natural posee meramente validez estadística y deja abierta una puerta al indeterminismo. Ni la reflexión filosófica ni la experiencia proporcionan prueba alguna de la presencia regular de esas dos clases de conexión, en las cuales una misma cosa es tanto sujeto cuanto objeto. Schopenhauer pensó y escribió en una época en que la causalidad como categoría *a priori* tenía validez absoluta, siendo, por consiguiente, obligatoria su intervención en la explicación de las coincidencias significativas. Pero, como hemos visto, sólo presta ese servicio con alguna probabilidad si se recurre al otro supuesto, igualmente arbitrario, de la unidad de la causa primera. Pero de ahí resulta también la *necesidad* de que cada punto en el meridiano supuesto esté en una relación de coincidencia significativa con cada uno de los otros puntos situados en la misma latitud. Semejante conclusión, empero, excede toda posibilidad empírica, pues asigna a las coincidencias significativas una existencia o aparición tan regulares y sistemáticas que su verificación sería innecesaria o la tarea más sencilla del mundo. La fuerza convincente de los ejemplos que aduce Schopenhauer es tan grande y tan pequeña como la de todos los otros. Pero le corresponde el gran mérito de haber visto el problema, comprendiendo asimismo que no admite explicaciones fáciles *ad hoc*. Puesto que el problema toca los fundamentos de nuestra epistemología, Schopenhauer lo derivó, de acuerdo con su filosofía, de una premisa trascendental, a saber, de la *voluntad*, que crea la vida y el ser en todos los planos, en forma tal que cada uno de ellos no sólo armonice con sus paralelos contemporáneos, sino también, actuando como *hado* o *providencia*, prepare y ordene el futuro.

En contraste con el habitual pesimismo de Schopenhauer, esa concepción tiene una tonalidad casi risueña y optimista con la que apenas logramos hoy simpatizar. Uno de los más problemáticos y

críticos siglos de la historia del mundo nos separa de esa época todavía medieval, cuando el espíritu filosófico creía poder establecer y afirmar algo más allá de lo empíricamente verificable. Fue una época de grandes concepciones, que no se detenía ni creía haber llegado a los límites de la naturaleza al tocar el punto donde los últimos avances de la ciencia habían tenido que hacer un alto en el camino. Así Schopenhauer, con visión filosófica auténtica, abrió al pensamiento un campo cuya fenomenología peculiar él no estaba aún en condiciones de comprender, pero que circunscribió con bastante aproximación. Se dio cuenta de que los *omina y praesagia*, la astrología y los diversos métodos intuitivos de interpretación del azar tienen un denominador común que trató de descubrir mediante la "especulación trascendental". Advirtió también, correctamente, que se trataba de un problema de principios de primer orden, y en eso contrasta ventajosamente con todos aquellos que antes y después de él operaron con inservibles conceptos de transmisión de fuerza, cuando no adoptaron la vía más cómoda de tildar todo el asunto de absurdo, con el fin de hurtar el cuerpo a una tarea demasiado pesada¹². El intento de Schopenhauer es tanto más notable cuanto que ocurre en una época en que el avance arrollador de las ciencias naturales imbuía a todo el mundo de la convicción de que única y exclusivamente la causalidad podía tomarse en cuenta como último principio explicativo. En lugar de ignorar las experiencias que no se sometían sin más a la soberanía de la causalidad, intentó, como hemos visto, incorporarlas a su concepción determinista. Pero de tal manera forzó dentro del esquema causal ciertos conceptos que en todos los tiempos, y mucho antes de él, habían servido de base a la explicación del mundo como un orden cosmológico diferente, que subsiste al lado del causal, a saber, el de la prefiguración, la correspondencia y la armonía preestablecida. Es probable que lo hiciera guiado por la intuición acertada de que en la cosmovisión basada en las leyes naturales, de cuya validez no dudaba, faltaba

¹² Debemos hacer aquí excepción de Kant, cuyo trabajo *Träume eines Geistersehers erläutert durch Traume der Metaphysik*, le señaló el camino a Schopenhauer.

empero algo que en la concepción antigua y medieval (lo mismo que en la intuición llena de presentimientos de los modernos) desempeña un papel tan importante.

Estimulados por la vasta colección de hechos recopilados por Gurney, Myers y Podmore¹³, y basándose en el cálculo de probabilidades, Dariex¹⁴, Richet¹⁵ y C. Flammarion¹⁶ acometieron el problema. Dariex calculó para precogniciones "telepáticas" de la muerte una probabilidad de 1:4,114,545, lo que significa que la explicación de tales presagios como casualidades es más de cuatro millones de veces menos probable que la explicación "telepática" o la coincidencia acausal, significativa. El astrónomo G. Flammarion calculó para un caso excepcionalmente bien observado de "*phantasms of the livings*" una probabilidad de 1:804,622,222¹⁷. Es él quien por primera vez relaciona otros acontecimientos sospechosos con las percepciones de la muerte, en las que se concentraba el interés en aquel tiempo. Relata¹⁸ que, mientras estaba escribiendo el capítulo sobre anemografía para su libro *L'atmosphère*, un repentino ventarrón barrió todas sus cuartillas del escritorio haciéndolas volar por la ventana. También cita el gracioso suceso de la triple coincidencia de Monsieur de Fontgibu con el *plum-pudding*¹⁹. El hecho de mencionar esas coincidencias en conexión con el llamado problema telepático, demuestra que ya

¹³ *Phantasms of the Living*, Londres, 1886.

¹⁴ "Le hazard et la télépathie", *Annales des Sciences Psychiques*, París, 1891, págs. 295-304.

¹⁵ "Relations de diverses expériences sur transmission mentale, la lucidité, et autres phénomènes non explicables par les données scientifiques actuelles", *Proceedings of the Society for Psychical Research*, Londres, junio 1888.

¹⁶ *L'inconnu et les problèmes psychiques*. París, 1900, págs. 227 y sigtes.

¹⁷ *I. c.*, pág. 241.

¹⁸ *I. c.*, págs. 228 y sigtes.

¹⁹ *I. c.*, pág. 231. Un cierto señor M. Deschamps recibió en una ocasión, cuando niño, en Orléans, un trozo de *plum-pudding* de un señor M. de Fontgibu. Diez años más tarde vio en un restaurante de París otro *plum-pudding* y solicitó una porción. Resultó, empero, que el *plum-pudding* ya estaba pedido, y el cliente no era otro que el señor M. de Fontgibu. Muchos años después el señor Deschamps fue invitado para comer un *plum-pudding* como especialidad rara. Durante la comida hizo

en Flammarion se iba esbozando, aunque en forma inconsciente aún, la intuición de un principio mucho más amplio.

El escritor "Wilhelm von Scholz"²⁰ recopiló una serie de casos que demuestran a través de qué inusitados caminos ciertos objetos extraviados o robados vuelven a las manos de sus propietarios. Entre otros menciona el caso de una madre que había fotografiado a su hijito de cuatro años en la Selva Negra. Mandó a revelar la película en Estrasburgo. A causa del estallido de la guerra (1914) no pudo retirar la película y la dio por perdida. En 1916 compró en Frankfort otra película a fin de fotografiar a su hijita que entre tanto había nacido. Al revelarse la película se comprobó una doble exposición de la misma. ¡La segunda fotografía era la que había hecho de su hijito en 1914! La vieja película, no revelada, se había mezclado de alguna manera con otras nuevas, saliendo de esa manera nuevamente a la venta. El autor arriba a la comprensible conclusión de que todos los indicios insinúan una "fuerza de atracción mutua de los objetos relacionados". Supone que esos sucesos se hallan ordenados como si fueran el sueño de "una conciencia incognoscible más amplia y de mayores alcances".

Herbert Silberer enfocó el problema del azar desde el ángulo psicológico²¹. Procuró demostrar que las coincidencias aparentemente significativas son, en parte, arreglos inconscientes, y en parte, arbitrarias interpretaciones inconscientes. No tomó en cuenta ni los fenómenos parapsíquicos ni la sincronicidad, y desde el punto de vista teórico apenas fue más allá del causalismo de Schopenhauer. Aparte de su crítica psicológica de la valoración del azar, crítica tan necesaria como recomendable, la investigación de Silberer no contiene referencia alguna a la existencia de coincidencias significativas auténticas tal como las entendemos en este libro.

la observación que ahora sólo faltaba el señor M. de Fontgibu. En el mismo instante abrióse la puerta, entrando un anciano al parecer muy desorientado: era el señor M. de Fontgibu que, equivocándose de dirección, había llegado hasta esa reunión social.

²⁰ *Der Zufall: Eine Vorform des Schicksals*. Stuttgart, 1924.

²¹ "Der Zufall und die Koboldstreiche des Unbewussten", *Schriften zur Seelenkunde und Erziehungskunst*, N° III, Berna y Leipzig, 1921.